

Cuando el soporte se convierte en metáfora:

el soporte se convierte en metáfora:

Nueve
páginas escritas a máquina
sobre la historia ficticia
del libro por venir

SANDRA SANTIANA

7

Página 1

El libro no es un objeto más, es un símbolo de

la creencia en algo imposible:

la de que un conjunto de palabras,
por estar dispuestas
unas detrás de otras,
en páginas consecutivas,

numeradas

y eventualmente cosidas, puedan
transmitir el sentido de
un texto, como si este fuera algo

unitario,

 repetible e
independiente de la mente y
el contexto que lo acoge. El acto
por el que se alza la tapa de un
volumen y se recorre con la
mirada el índice, y el gesto

—repetido una y otra vez en cada una de sus páginas— por el que el lector pretende apropiarse de su contenido se convierten en movimientos pertenecientes a la representación de una farsa disparatada. Sin embargo, esta imposibilidad de la lectura hace que el concepto de un objeto material capaz de encerrar en su interior un entramado intelectual unificado no sea en absoluto despreciable. El libro es la promesa de espacios abiertos más allá del espacio que el mismo ocupa como objeto. El libro contiene y no contiene el horizonte infinito de la Mancha en *El Quijote* o las sombras nocturnas del castillo de Elsinor. El libro es una compleja máquina significativa que produce la ilusión de un todo en relación, en el que cualquier variación en una de sus partes afecta al conjunto en su totalidad. Una vez leído el libro ya no se necesita el objeto para acceder al espacio por él abierto, basta con suponer que la tensión que mantenía unidas sus partes continúa ejerciendo su fuerza. Pero si el libro, como objeto ideal imposible, es una puerta de acceso al lenguaje, ¿puede ser el lenguaje una puerta de acceso al libro? ¿Puede la literatura devorarse a sí misma?

La confianza en que ese objeto que venimos llamando «libro» pueda ofrecer un contenido único y transferible nos resulta tan irrenunciable como la que nos induce a creer que nuestro cuerpo resume todo lo que somos, que el conocerse uno a sí mismo pudiera tener un fin y un comienzo en el tiempo. La pregunta por el fin del libro y la pregunta que indaga acerca de lo que pueda entenderse por autoría de un texto están, según parece, imbricadas de modo indisoluble. Ambos objetos, el libro y el cuerpo del escritor, se convierten en máquinas productoras de sentido pero, en cierto modo, ciegas a su propio poder:

[...] hay dos maneras de leer un libro: puede considerarse como un continente que remite a un contenido, tras de lo cual es preciso buscar sus significados o incluso, si uno es más perverso o está más corrompido, partir en busca del significante. Y el libro siguiente se considerará como si contuviese al anterior o estuviera contenido en él. Se comentará, se interpretará, se pedirán explicaciones, se escribirá el libro del libro, hasta el infinito. Pero hay otra manera: considerar un libro como una máquina significativa cuyo único problema es si funciona y cómo funciona, ¿cómo funciona para ti? Si no funciona, si no tiene ningún efecto, prueba a escoger otro libro. Esta otra lectura lo es en intensidad: algo pasa o no pasa. No hay nada

que explicar, nada que interpretar, nada que comprender. Es una especie de conexión eléctrica.¹

Algo pasa o no pasa. Inmersos en una misma corriente, el autor y el libro se convierten en una máquina de producir sentido. No otorgan sentido, sino que lo fabrican causando diversos efectos en la mente del lector. Éste se ve así atrapado de pronto entre las ruedas de un pequeño engranaje, parte de una maquinaria mucho más compleja. El sujeto humanista capaz de autodeterminación se aleja, siendo ocupada su ausencia por el espacio vacío cedido por las reglas inconscientes de la gramática.

El libro cambia de posición, ya no es el continente físico de las metáforas, sino la metáfora ideal que sugiere, y nos deja jugar con la posibilidad de que exista un continente físico capaz de albergar creaciones del espíritu. Es más, de que tales «creaciones» existan, que las «obras» puedan estarse más o menos quietas, para que el lector logre sacar una foto lo más fiel posible mediante esa cámara fotográfica de lo mental que el libro pretende ser. Como en el conocido cuadro de Magritte analizado por Foucault, el objeto representado —en este caso un libro— se muestra en el centro del lienzo (de ese marco de ficción, de ese escenario portátil que es la lectura) al tiempo que una nota escrita nos dice que aquello que vemos «no es un libro».



Página 2

En *Grapefruit*, Yoko Ono recogió muchas de sus *Instruction Paintings*, algunas de las cuales habían sido ya mostradas en galerías y otros espacios expositivos. Este pequeño volumen publicado por primera vez en 1964 por Wunternaum Press contiene una serie de instrucciones destinadas a la realización de obras de arte imaginarias. La naturaleza de estas obras es muy diversa, en algunos casos sus mandatos son irrealizables —como la «Pieza sangre», en la

1 Gilles Deleuze, *Conversaciones*, Valencia: Pre-Textos, 1995, págs. 17-18.